

CARNE CRUDA

RUBEM FONSECA
CARNE CRUDA

TUSQUETS
EDITORES

© 2019, Rubem Fonseca

Título original: *Carne Crua*

Traducción: Rebeca Fortull

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial TUSQUETS M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Guillermot-Navares

Fotografía de portada: © Getty Images / Vincent Besnault

Fotografía del autor: © Procesofoto

Primera edición en formato epub: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7121-7

Primera edición impresa en México: octubre de 2020

ISBN: 978-607-07-7169-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México - *Printed and made in Mexico*

Vivo solo, en un departamento con una sala y dos cuartos, cerca de la plaza. Es una de esas plazas con árboles, cuyos nombres no conozco, y mesas de cemento con cuatro bancos, también de cemento, donde cada tarde juegan cartas unos viejos gordos. Yo solo veo gente gorda caminando por la calle, hombres y mujeres de todas las edades. Leí que la obesidad es un fenómeno mundial, relacionado con una mala alimentación, la mayoría de las veces, aunque existen algunos casos de origen genético.

Me siento en el banco de la plaza durante algunos minutos, todos los días, por la mañana, para que me dé un poco el sol en la piel. Leí, en internet —hoy ya nadie vive sin internet, pero esa es otra historia—, que todas las formas de vida del planeta necesitan, directa o indirectamente, los efectos de la luz solar para poder vivir. En el caso de los humanos, además de mantener la temperatura corporal, la incidencia de los rayos solares permite procesos químicos importantes, como la producción de vitamina D, que es

la responsable de la fijación del calcio en nuestro cuerpo.

Pero hay gente a la que no le gusta el sol.

Antes las mujeres salían a la calle cubiertas por una sombrilla y los hombres usaban un sombrero panamá, que en realidad está hecho de paja de Ecuador, pero esa es otra historia y la dejaré para después.

La luz solar es fundamental, además, para que las plantas de mi plaza puedan realizar la fotosíntesis, el proceso con el que los vegetales transforman el dióxido de carbono en glucosa (que absorben) y en oxígeno (que liberan en la atmósfera).

La glucosa que producen los vegetales transmitirá energía a toda la cadena alimentaria que viene a continuación, a las distintas especies animales que se alimentarán de plantas, a los animales que se alimentarán de esos animales, etcétera. Pero la glucosa puede ser un problema: si es alta, puede provocar diabetes, una enfermedad común en las personas obesas. Cuando camino por la calle, de cada diez personas que veo, hombres y mujeres, seis son obesas.

De nuevo, nosotros, los seres humanos, acabamos beneficiándonos de la luz solar, ya que también nos alimentamos de plantas o animales y obtenemos nuestra energía de ellos. El calor del sol (que surge de partes de la luz solar que son invisibles a nuestros ojos) también tiene la función de acelerar el rompimiento de las moléculas de proteínas y, en algunos casos, regula directamente la temperatura corporal de animales, como los peces, los anfibios y los reptiles.

Volviendo a los seres humanos, la parte visible de la luz solar tiene la función de regular nuestro ritmo biológico y todas sus actividades, como la liberación de hormonas durante nuestras actividades diarias y durante el sueño. Es también gracias a la ayuda de la luz solar como desarrollamos nuestra capacidad natural de visión. Sé que, a pesar de todos estos beneficios, la acción de los rayos solares sobre nuestra piel, en exceso, puede causar daños, pues provoca un desequilibrio celular y el surgimiento de enfermedades, como el cáncer de piel. Por eso es importante compensar la exposición al sol tomando precauciones, como evitar las horas en las que los rayos son más intensos (entre el mediodía y las tres de la tarde) y utilizar, siempre que sea posible, protector solar.

Cerca de la plaza hay un bar. Voy ahí todas las tardes, a tomar un cafecito. Odio el café, esa porquería me hace daño, pero es un pretexto para ver a Odete. Creo que es mulata, aunque no lo parece. A este país, y también a Colombia, muchos negros vinieron a plantar café; los dueños de las haciendas fornicaban con las negras y fueron naciendo mulatos y mulatas. Gente mestiza, a fin de cuentas; aunque eso no se nota en el color de la piel, existe en una inmensa proporción. Lo cual es bueno, la mezcla de razas es buena, en todos los sentidos.

Hoy fui al bar. Odete estaba ahí, con una falda negra, una blusa negra y un delantal negro. En el bar, que es muy pequeño, trabajan solo dos empleados: Odete y un sujeto flaquito, vestido de negro, que no

usa delantal. Además de ellos, está el patrón, un portugués de cabeza canosa, un tipo amable que me saluda amistosamente cuando aparezco por ahí.

Odete vino a atenderme.

—Un café, por favor, con el edulcorante aparte.

Soy delgado, pero le tengo pavor a engordar. Mi padre era delgado, y mi madre, que era aún más delgada, solía decir: «La grasa es mortal, no comas porquerías, hijo». Murieron demasiado pronto, delgados, aunque no quiero pensar en ello.

Aquel día, en el bar, me armé de valor y, cuando Odete me trajo el café, le dije:

—Me llamo José.

Ella sonrió. Una sonrisa linda.

—Y yo, Odete —dijo.

—Así se llamaba la novia de Fernando Pessoa —comenté.

—Es mi poeta favorito —contestó Odete—. El poeta es un farsante, su fingimiento es tan completo que llega a fingir que el dolor que siente es en verdad dolor.

Mi amor por Odete aumentó tanto que mi corazón empezó a latir descontrolado, pensé que iba a morirme.

Pero no morí. Ahora, Odete y yo tomamos el sol juntos en la plaza y ella vive en mi casa.

Amor y otros prolegómenos

Un filósofo, cuyo nombre no recuerdo, dijo que la vida se resumía en nacer, comer, defecar y morir. Está parcialmente en lo correcto. De hecho, la vida comienza cuando nace el bebé. Después come, toma leche del pecho de su madre o de alguna donadora, y defeca; los bebés defecan sin parar y, aunque existen pañales desechables, aquel que sea pobre tendrá que limpiar la caca de las nalgas y del pañal del bebé, lavar y secar, un trabajo constante. Pero el bebé no muere, ¿no es así? Algunos mueren, pero la mayoría sobrevive, tantos que cada vez hay más personas en el mundo, somos ya algunos miles de millones esparcidos por la Tierra. Sí, el bebé nace, come, defeca y después quiere caminar. Primero gatea, pero quiere caminar, y cuando camina le gusta dar saltos, pequeños saltos, le gusta elevarse por encima del piso con el impulso de sus pies y de sus piernas. (Creo que todos los animales son así, les gusta usar las piernas, sobre todo a los cuadrúpedos). Quieren moverse, y muchos —estoy hablando de los llamados seres humanos— quieren viajar por el

mundo, el vasto mundo del que hablaba aquel poeta que no era Raimundo. El hombre (o la mujer) también quiere usar la cabeza, y no hablo de usar pelucas o tener un cabello rubio de salón de belleza; hablo de usar la cabeza para pensar. *Cogito ergo sum*, dijo otro filósofo: pienso, luego existo. Pensar hace que la persona sea. Para el dramaturgo, y para todos, esa es la cuestión: ser o no ser. La persona quiere ser y para eso también tiene que pensar. Cuando nace, además de defecar, comer y caminar, el ser humano también piensa. Y pensar hace que la persona vea; no ve las cosas como son, sino como le gustaría que fueran.

Bien, basta de regodearse en prolegómenos. Quien no entienda lo que quiero decir, que se vaya a plantar papas. (Como todos saben, la expresión «Vete a plantar papas» surgió en Portugal, probablemente en la época de las navegaciones, pero el motivo por el que se ha utilizado, y todavía se utiliza, es que transmite una idea irónica, y no despectiva, de la actividad del agricultor. La ironía viene del hecho de que, en Portugal, no se dice «plantar papas», sino «sembrar papas», pues «plantar» solo se usa para vástagos de árboles, mientras que las legumbres, los granos, las calabazas, los melones, etcétera, se siembran, porque la semilla se echa o se entierra en la tierra. Entonces, mandar a alguien a «plantar papas» significa «Déjame en paz y ve a hacer una cosa imposible o sin pies ni cabeza». Me estoy acordando de una canción para niños que dice: «La papita cuando nace extiende las ramas por el suelo, la niñita cuando duerme se pone la mano en el

corazón, el bolsillo se rompió y papá se cayó al suelo, y mamá, que es más querida, se quedó en el corazón»).

Este texto es largo, y tiene una función introductoria. Quiero hablar del amor, de la mujer de la que estoy enamorado, y sigo dando vueltas con las palabras como un trompo, aquel juguete coniforme, de madera y con punta metálica que, al desenrollarse la cuerda con la que es lanzado, gira rápidamente.

Basta de dar vueltas. Mi nombre es José y ella se llama Maria. Somos vecinos en una calle de casas grandes con un jardín al frente y un patio en la parte trasera. Estoy enamorado de ella, pero Maria ni siquiera voltea a verme. Soy rico, soy joven, no soy guapo y tampoco feo. Maria también es rica, es decir, su padre es rico.

Un día me la encontré en la calle. Me armé de valor, me paré frente a ella y le dije:

—Me llamo José.

—Yo soy Maria.

Tenía una voz bonita, melodiosa. Sentí algo dentro de mí, cerré los ojos e inhalé, aspiré el aire profundamente. Cuando abrí los ojos, Maria había desaparecido. Inquieto, miré para todos lados. Se había esfumado.

Me fui a mi casa, taciturno. Dida, la criada de la casa que me cuidó desde que nací, me preguntó:

—¿Por qué esa carita triste?

—No es nada, no se preocupe —respondí.

—Zezinho, a mí no me engaña —me dijo.

Tengo veinte años y ella me sigue diciendo Zezinho. Pero no voy a discutir con Dida, ella es mi segunda

madre. Es negra, muy, muy, muy negra, de una negrura deslumbrante. La quiero tanto como a mi propia madre.

Mi padre y mi madre nunca discuten. La razón de esta cordialidad puede explicarse con la teoría de ese filósofo, o quien sea, que dice que para que un matrimonio funcione, el hombre debe vivir en una casa y la mujer en otra. Si eso no es posible, que duerman en cuartos separados. Si eso no es posible, que duerman en camas separadas. Dormir en la misma cama acaba con cualquier matrimonio. Mi madre dice que duerme en un cuarto separado, por los ronquidos de mi padre.

—Tu padre, Zé, ronca de una manera tan escandalosa que dudo que alguien consiga dormir con él en el mismo cuarto.

Mi padre lo encuentra gracioso. A los dos les gusta la champaña, francesa, evidentemente. Algunas veces duermen en el mismo cuarto, ya sea en el de él o en el de ella.

Estábamos en la sala. Mi madre, mi padre y yo.

—Zé, Dida me contó que estás muy triste —dijo mi madre.

—¿Triste? ¿Yo? No, no, se lo ha inventado.

Mi madre accionó una campañilla que suena en los aposentos de Dida; tiene un cuarto, una sala y un baño para ella sola.

Dida apareció en la sala.

—Dida, repite lo que me dijiste.

—Doña Marta, Zezinho está muy triste. Yo sé la razón. ¿La puedo decir?

—Claro, Dida, dila, por favor.

—Está enamorado.

—¡Qué maravilla! —exclamó mi padre.

—Zezinho está enamorado de la vecina, la niña Maria.

—Me voy a mi cuarto —dije, enojado, mientras salía de la sala.

Al día siguiente mi madre dijo:

—Zé, no llegues tarde a comer. Hoy vamos a tener una comida especial.

Deambulé por las calles con ganas de llorar.

Cuando llegué, mi madre me recibió en la puerta de la casa diciendo:

—Hoy tenemos una invitada a comer.

En la sala de visitas, sentada, estaba mi Maria.

—Dijo que le gustas mucho, pero es tímida y tenía miedo de declararse —me explicó mi madre.

Maria es mi novia. Somos muy felices.

Índice

La plaza.....	7
Amor y otros prolegómenos	11
Aparecida.....	17
Panocha.....	19
Panocha. Parte II.....	23
Padrotes.....	27
Carne cruda	31
Cornudos	35
Malas excusas.....	39
Diarrea	43
Falso	49
Hechizo brasileño.....	51
Me gusta ver el mar	57
Gran amor.....	61
Hombres y mujeres	65
Iglesia de Nuestra Señora de la Peña	69
Nada nuevo	73
Noel	101
El mundo está mal	107
El ser es breve	111
Uropa	113

Los originales y las imitaciones.....	117
Los pobres, los ricos, los negros y la panza.....	123
Papá Noel.....	127
Pienso y hablo	131
Tela	135